

expiraba hasta el 14 de octubre, y la de 1881, que vivía virtualmente desde los escrutinios de 21 de agosto y 4 de septiembre, y la existencia de dos Cámaras de diputados equivalía a la ausencia total de la Cámara. Por culpa suya, el gobierno se había colocado en tan intrincada situación. Después de avistarse con el presidente del Consejo, los delegados de la extrema izquierda resumieron así, en un manifiesto poco patriótico a sus electores, la política del gabinete Ferry: «La conflagración del Africa no es la única desdicha originada por esa fatal expedición de Túnez. ¿Quién no sabe que amenaza romper los lazos que nos unen a Italia; que ha inquietado a España; que ha despertado los recelos de Inglaterra; que nos ha presentado a Europa como atormentados siempre por el espíritu de conquista, y que ahí está el secreto del artificioso celo de Bismarck en alentarla?»

VII

Examinemos, pues, de cerca la política exterior que provocaba tan amargas críticas. Más arriba indicamos los cambios introducidos en el personal de la administración central por el Sr. Saint-Hilaire. Con aquellos cambios habían coincidido el nombramiento del señor de Mouy como ministro de Francia en Atenas y el del diputado Boissy d'Anglas como ministro de Francia en México, reanudándose con este país las relaciones diplomáticas interrumpidas desde la desdichada guerra de Napoleón III. Por aquellos días ocupó Inglaterra las Nuevas Hébridas que el vicealmirante Dupetit-Thouars había visitado en 1877 y que hubiera podido ocupar entonces tan fácilmente como lo hizo Inglaterra tres años después; pero en Francia la opinión tenía una desconfianza enfermiza de todo lo que semejaba una conquista, por pacífica que prometiese ser, y el gobierno no estaba autorizado a salir de su retraimiento sino para desempeñar su papel en el concierto europeo, con las condiciones establecidas por el Congreso de Berlín.

La cuestión de Oriente se hallaba atascada. El 23 de septiembre y el 4 de octubre de 1880, la Puerta dió, a propósito de los asuntos de Armenia, Montenegro y Grecia, contestaciones que parecían un reto a Europa. Ocho días después soplaban vientos distintos, las disposiciones eran más conciliadoras y, con la nota del 12 de octubre, la Turquía se comprometía a entregar Dulciño al Montenegro.

Pero Turquía, con el apoyo secreto de Bismarck, no hacía una concesión sobre un punto sino para resistir sobre otro, y esta vez se negaba a complimentar las decisiones de la conferencia de Berlín, relativas al tratado turco-griego. Dervich Pachá, encargado de la entrega de Dulciño a los montenegrinos, no cumplió su misión hasta el 26 de noviembre, a pesar de la Liga Albanesa, y la flota internacional, que no esperaba más que aquel pretexto, se separó. La cuestión griega volvió a preponderar. Para acabar con ella, Saint-Hilaire propuso un arbitraje a las potencias: la Puerta no quiso someterse a él, el sultán reunió a los embajadores extranjeros en Constantinopla a fin de entenderse directamente con ellos y la solución fué nuevamente diferida.

Entonces se publicaron, en los periódicos de Viena

y de Londres, tres circulares de Saint-Hilaire, fechadas en 24 y 28 de diciembre de 1880 y en 7 de enero de 1881 y concebidas en términos poco simpáticos para Grecia cuya causa había sido calurosamente abrazada por Francia durante los dos ministerios anteriores. Este cambio determinó una interpelación del Sr. Proust en la Cámara, seguida de una orden del día aprobando la política de paz seguida por el gobierno (7 de febrero de 1881). Quince días después, nueva interpelación provocada por la publicación en el Libro Azul inglés de dos cartas de Edwin Corbett, ministro de Inglaterra en Atenas, que daban detalles sobre la venta de 30.000 fusiles franceses a los griegos y sobre la misión proyectada del general Thomassin. La interpelación Devés terminó con la votación de la orden del día pura y simple. Únicamente hemos hecho mención de ella para señalar el discurso que pronunció Gambetta, instigado por Pascal Duprat. El presidente de la Cámara negó haber ejercido la menor acción sobre el ministerio en funciones y sobre el que le había precedido. Tenía sus opiniones personales sobre la política exterior, pero se impondría la mayor reserva, hasta el día en que conviniere a su país designarlo terminantemente para otro cargo.

Una tercera interpelación hecha en el Senado por el duque de Broglie sobre el mismo asunto, el 24 de febrero, y una cuarta en la Cámara por Clemenceau, el 5 de marzo, hicieron adelantar poco la cuestión griega. Hasta el 22 de mayo no aceptó Grecia, mediante un convenio, el trazado modificado por la Conferencia de Constantinopla. Dicho convenio prescribía a los turcos que evacuaran, en un plazo de cinco meses, los territorios cedidos a Grecia. Entonces la atención del ministro de Negocios extranjeros de Francia pudo fijarse en Africa.

Dueña de Argel, Francia deseó saber lo que pasaba en Túnez, con el cual tiene 300 kilómetros de frontera común y de cuya deuda de 125 millones tenía 100 millones entonces. Los intereses franceses en la Regencia eran enérgicamente defendidos por el cónsul general de Francia, Sr. Roustán. Los de Italia lo eran aun con más energía por su cónsul, Sr. Massio. A instigación de éste, una delegación de la colonia italiana de Túnez había ido a Palermo a saludar al rey Humberto, cuando su primer viaje a Sicilia. Massio, además, había explotado hábilmente la emoción que se había apoderado del mundo musulmán, desde la guerra de los rusos contra los turcos, envuelto en complicadas intrigas al Bey Mohamed es Sadock é impulsado este soberano, absoluto pero débil, a negar todo favor y toda justicia a los franceses. Una sociedad marsellesa adquirió la finca Enfida, y un judío de Gibraltar, José Levy, súbdito inglés, pretendió ejercer sobre la Enfida el derecho de *cheffaa*. Hubo que apelar al jeque, que, desde Constantinopla, declaró la Sociedad marsellesa legítima propietaria. Derrotada en este terreno, Massio trató de hacer retirar a los franceses los trabajos ferroviarios que les habían sido concedidos. La Sociedad Bona-Guelma recibió la orden de no continuar la línea de Túnez a Susa. Con una Cámara que temía hasta las apariencias de una guerra, aquellas faltas a la palabra dada y a los juramentos hubieran podido quedar impunes, aquellas violaciones de los contratos hubieran podido

durar mucho tiempo, a pesar de las enérgicas reclamaciones de Roustán, si el bey, mejor obedecido en sus dominios, hubiese logrado siquiera impedir las incursiones de las tribus de la frontera en territorio argelino.

Las más independientes de dichas tribus y las más dadas al pillaje ocupaban una región montañosa, la Krumiria, comprendida, al Noroeste de la Regencia, entre Medjerdah y el mar. Sus incursiones en los círculos de la provincia de Constantina más próximos a la

de conquista ni de anexión. El 11 de abril, contestando a una interpelación del Sr. Janvier de la Motte, el presidente del Consejo repitió que no buscaba conquista alguna, y la Cámara le votó una orden del día de plena confianza. El 12 de mayo, en el momento en que Roustán y el general Bréart se hallaban todavía en el Bardo, Ferry repudió una vez más todo proyecto de anexión, y el 11 de mayo el tratado de Kasar-Said ó del Bardo fué votado por unanimidad en ambas Cámaras,



Humberto I de Italia

frontera eran constantes é iban siempre acompañadas de actos de banditismo, de rapiñas y de robos de ganado. El 30 y el 31 de marzo penetraron en gran número en territorio argelino y libraron, al sur de La Calle, a algunas compañías apresuradamente reunidas, un combate en regla que duró varias horas. Ya era tiempo de tomar una resolución. El gobierno francés leyó, el 4 de abril en el Senado y en la Cámara, una declaración, en que anunciaba que se habían tomado todas las medidas para poner fin a una situación intolerable. La declaración encontró un asentimiento unánime. Tanto en el Luxemburgo como en el Palacio Borbón, se creyó sin duda que se trataba de algunas medidas de policía, de algunas operaciones de gendarmería; el gobierno así lo creyó también, y ni aquel día, ni cuando pidió para tales operaciones un crédito de 6 millones de francos que fué concedido sin regatear, se habló de guerra, ni

después de vagas y tímidas reservas de los Sres. Clemenceau, Delafosse y Cuneo de Ornano en la Cámara de diputados y del Sr. Gontault-Birón en el Senado.

Desde el primer día, el gobierno negó tener intenciones de hacer la guerra. Si el general Farre reúne en tres semanas un ejército de 26.000 hombres, no es para hacer la guerra, sino para someter tribus rebeldes a la autoridad del bey. Hasta se ha ofrecido a éste cooperar con sus tropas al restablecimiento del orden; el bey ha rehusado y protestado; a pesar suyo y sin él los soldados franceses continúan la obra empezada que debe ser tan provechosa para el uno como para los otros. Hasta el final de la expedición, Ferry afirma el carácter pacífico de la intervención francesa, y no puede hacer de otro modo, puesto que la Constitución de 1875 subordina toda declaración de guerra al consentimiento de las Cámaras.

La oposición del Parlamento francés á la guerra era más de temer que la de Europa á la expansión colonial de Francia. La nota de lord Salisbury del 7 de agosto de 1878 dejaba carta blanca al gobierno francés, y, mucho antes de las acciones de 30 y 31 de marzo, hubiera podido reprimir los atrociosos de los khumirs y los manejos de los italianos. Las protestas de la Puerta, reivindicando sobre la Regencia una soberanía que nunca había ejercido de hecho, no eran más temibles que las del mismo bey apoyándose en dicha soberanía. Para detenerlas y contestar á las notas de 27 de abril y 3 de mayo, basta que el Sr. Tissot emplee un lenguaje muy firme en Constantinopla. El 7 de mayo, Tissot declara que Francia vería un *casus belli* en el envío de buques otomanos á la Goleta. Los buques otomanos no partieron. Igual fracaso tuvieron las reclamaciones italianas. Era difícil tomar en serio los temores de una potencia que nunca se había preocupado de la presencia de los ingleses en Malta y que se decía amenazada por la de los franceses en Bizerta y en Túnez. En cuanto á pretender que la acción francesa en Túnez precipitó á Italia en la Triple Alianza, es una afirmación gratuita: la unión de Italia con Alemania y Austria se hubiera realizado aunque los franceses no hubiesen ido á Túnez, y quizá se hubiera operado más pronto si Francia hubiese dejado que la influencia de Italia destruyese la suya en la Regencia.

El gobierno francés, tranquilo por lo que tocaba á las disposiciones de Europa, pudo obrar energicamente, en el período comprendido entre el 30 de marzo y el 12 de mayo de 1881. Con el ejército que había reunido sin recurrir á la movilización, sin llamar á los reservistas y sin desguarnecer mucho la Argelia, envuelve á la Krumiria, donde las tropas, mandadas por los generales Delebecque y Logerot, no encuentran más dificultades que las que ofrece el terreno. Las vencen, y mientras las dos columnas se reúnen en el valle del Medjerdah, el general Breart, procedente de Bizerta con una simple escolta, encuentra á Roustán á las puertas de Túnez, se presenta con él al bey y le impone el tratado del Bardo que establece el protectorado francés en la Regencia. Mohamed es Sadock, aterrorizado, protesta por la forma, pero firma, «puesto que no tiene más remedio que firmar» (12 mayo de 1881).

A fines de mayo todo había concluido felizmente para Francia, desde el triple punto de vista de la acción militar, de las consecuencias diplomáticas y del efecto producido en el Parlamento y en la opinión. Desgraciadamente, los acontecimientos que se habían realizado en la Regencia tuvieron su repercusión inevitable en Argelia y particularmente en la provincia de Orán. Allí vivía y se agitaba un árabe fanático, llamado Bú Amema, nacido hacia 1840 en Figuig, que había hecho á menudo el viaje á la Meca, pasando por Túnez y que quizá debía más su celebridad á aquella piadosa peregrinación que á su habilidad de ventríloquo y prestidigitador. De mirada viva, de aire solapado, de gesto pronto, de carácter sarcástico, hablando bien el español y el italiano y comprendiendo el francés sin hablarlo, Bú Amema, taumaturgo y soldado, iluminado y práctico, tenía cualidades de sobra para arrastrar á unos cuantos miles de bandidos y fanáticos. Bate la estrada en la región comprendida entre Saida, Frenda, Tiaret y

Geryville, encuentra las tropas del coronel Innocenti, las dispersa, va á degollar á los españoles, que sorprendidos indefensos en las esparterías de Saida, escapa al coronel Mallaret enviado á perseguirlo y desaparece por el Sudoeste, en los confines de la provincia de Orán y Marruecos.

La noticia de aquellos sucesos produjo una inmensa emoción en Argelia y en Francia. Se hizo recaer la responsabilidad de los mismos sobre el gobernador general, Alberto Grevy, quien, á pesar de haber tenido aviso, un año antes, de que se preparaban, no hizo nada para evitarlos. En la Cámara, contestando á la interpelación de los diputados argelinos y al acto de acusación irrefutable formulado por Enrique Brisson contra todos los que habían intervenido en el asunto, el presidente del Consejo, para amparar á Alberto Grevy, echó toda la responsabilidad sobre los jefes militares. Por 249 votos contra 119, la Cámara concedió la prioridad á una orden del día presentada por los Sres. Jacques y Gastú, expresando el deseo de que se garantice en lo sucesivo la seguridad en Argelia. Era de creer que esta orden del día sería votada; sin embargo, la Cámara la desechó por 236 votos contra 220 y dió 249 sufragios contra 171 á una orden del día del Sr. Meline, concebida en estos términos: «La Cámara, confiando en la firmeza del gobierno para tomar las medidas necesarias para la seguridad de Argelia y determinar las responsabilidades en que se haya incurrido, pasa á la orden del día.» Este voto de confianza no impidió que la Cámara aprobase las fundadas críticas de los diputados argelinos y de Brisson.

Para determinar las responsabilidades, el gobierno reemplazó en el mando del 19.º cuerpo de ejército al general Osmont por el general Saussier y al general Cerez por el general Delebecque, al frente de la división de Orán. Para asegurar la tranquilidad de Argelia, desguarneció de tropas á Túnez y los movimientos de los árabes merodeadores se produjeron casi instantáneamente en las fronteras de Trípoli. Sfax fué ocupada por ellos y los europeos tuvieron que refugiarse en la escuadra francesa. Hubo que bombardear á Sfax, apoderarse de la isla Djerba y de Gabes, mientras el general Logerot contenía á las tribus agitadas del interior, á fin de restablecer el orden en Túnez y arrojar á los bandidos á Trípoli. El ministerio fué acusado de tener miras ambiciosas sobre Trípoli como las había tenido sobre Túnez, y el duque de Broglie interpeló sobre esto á Saint-Hilaire. En pocas palabras el ministro de Negocios extranjeros negó haber tenido jamás una idea tan extravagante.

Se acercaba el mes de agosto, iba á haber elecciones y era preciso que éstas se verificasen en medio de las apariencias de la paz. En el momento de separarse las Cámaras, el gobierno luchaba con dificultades constitucionales y militares que se había creado, negándose á confesar que se trataba de una verdadera guerra y que era necesario prepararla seriamente.

Durante las vacaciones parlamentarias, la atención pública, absorbida desde luego por las elecciones generales, no tardó en fijarse en las cuestiones exteriores. La entrevista del emperador Guillermo con el nuevo zar Alejandro III, en Dantzig, no causó grande emoción. Por desgracia, la opinión general miró con igual indife-

rencia los graves acontecimientos que se desarrollaban en Egipto y que amenazaban la influencia francesa en este país. Los intereses esenciales de Francia fueron sacrificados á un exagerado deseo de inteligencia con Inglaterra. A los consejos del Sr. Ring, cónsul general de Francia en el Cairo, que hubiera querido que su patria no se enajenase el partido nacional egipcio, se prefirieron los del Sr. Blignieres, interventor general francés, y después del pronunciamiento del 1.º de febrero de 1881, Saint-Hilaire relevó al Sr. Ring. Desde aquel momento, los ingleses tuvieron el campo libre. En septiembre, la insurrección de Arabí Pachá determinó la destitución de Riaz Pachá y el nombramiento de Cherif Pachá que los ingleses aprobaron y sancionaron, aunque con aquellos acontecimientos recibía un sensible golpe la intervención anglo-francesa: pero los ingleses habían de cambiar de conducta á tiempo y explotar en provecho propio el espíritu de insubordinación militar, como asimismo las veleidades parlamentarias de los notables que Cherif Pachá había convocado.

El Norte del Africa, desde Trípoli hasta Marruecos, se hallaba entonces demasiado agitado para que la diplomacia francesa pudiese observar de cerca lo que pasaba en las márgenes del Nilo. En septiembre, el gobierno francés había adoptado el mejor sistema para quitar toda autoridad al gobierno general de Argelia y para sustraer á toda responsabilidad al gobernador y á los ministros de quienes dependía. En vez de subordinarlo á un solo ministro, se le subordinaba á todos los miembros del gabinete, y todos sus servicios eran agregados á los de las administraciones centrales.

Los presupuestos argelinos iban englobados en los diferentes capítulos de los presupuestos nacionales. Era la organización administrativa del desorden, de la confusión y, sobre todo, de la irresponsabilidad. Este sistema vicioso debía producir, á la larga, funestos resultados, aun en tiempo de paz. En la Argelia trastornada de 1881, la anulación del gobernador tuvo consecuencias inmediatas que sería injusto imputar exclusivamente á Alberto Grevy.

Los incendios acompañan siempre á los movimientos del fanatismo musulmán: 60 kilómetros cuadrados de bosque son pasto de las llamas en la provincia de Constantina. ¿A quién se castiga? A las tribus más próximas al siniestro, que son más víctimas que culpables. En la provincia de Orán, Negrier arrasa la mezquita de El-Abiod-Sidi-Cheikh y traslada á Geryville el cuerpo del morabito. Pero ha tomado tan mal sus medidas que únicamente puede meter mano en reliquias poco auténticas. En Figuig, las tribus dadas al pillaje pueden proveerse impunemente de armas y municiones: nadie pone obstáculo á este contrabando ni á este banditismo. Pero el ministro de la Guerra no es el principal responsable de aquellas falsas maniobras, de aquellas medidas incompletas, de aquellas contradicciones, pues la acción militar del general Farre se ve contrariada por la acción política de sus compañeros de gabinete. A primeros de septiembre, Farre decide, con el asentimiento de los demás ministros, mantener sobre las armas la clase de 1876. El 17 del mismo mes, el Consejo revoca sus órdenes y la clase de 1876 es enviada á sus casas.

La misma incoherencia se observa en las relaciones de Francia con Túnez: Mustafá-ben-Ismael, primer mi-

nistro del bey, hostil á Francia, es reemplazado por Mohamed Kasadar, jefe del partido viejo musulmán. Esta medida es tardía; sin embargo, sus buenos efectos no tardan en dejarse sentir: las tropas del bey salen de su inercia y baten en Testur á los insurrectos el 27 de septiembre. Los mismos franceses se deciden á mostrar más actividad; entran finalmente en Túnez el 10 de octubre y preparan hábil y vigorosamente la marcha concéntrica del general Etienne, que parte de Susa, de los generales Logerot y Sabattier, que parten de Zaghuan, y del general Forgemol, que parte de Tebesa para encontrarse en Kairuán. Esta operación, que honra al general Saussier, es admirada en Europa por todos los hombres competentes. En Francia, la impopularidad del gabinete es tan grande, que la entrada de las tropas en Kairuán, que coincide con la reunión de la nueva Cámara, es recibida con rechiflas, exclamaciones irónicas ó sonrisas despreciativas.

El 4 de noviembre, Julio Ferry había declarado que el gabinete era dimitente; así es que las interpelaciones, ó mejor dicho, las explicaciones sobre los asuntos de Africa, que ocuparon cuatro sesiones, pertenecen ya á la historia del ministerio siguiente.

La dimisión del gabinete Ferry fué entregada oficialmente al presidente de la República el 10 de noviembre, y aquel gobierno, bajo el cual se habían realizado grandes cosas, concluía en medio de una indiferencia casi general. Y es que todo el mundo se daba cuenta de que el ministerio no existía más que nominalmente desde la renovación de la Cámara; es que los acontecimientos del Sud oranés y de Túnez habían inquietado ó cansado á la opinión; es que los ataques desmedidos de la prensa de oposición, consecuencia harta prevista de la nueva ley, habían pervertido el buen sentido público y creado un estado de ánimo lo menos favorable posible á los juicios justos.

El gabinete presidido por Julio Ferry merecía algo más y mejor que la breve y desdeñosa oración fúnebre que le fué dedicada hasta por los periódicos republicanos moderados. Aparte de las grandes leyes votadas definitivamente bajo este ministerio, la renovación de la Cámara de 1877 y la expedición de Túnez son títulos serios para la gratitud nacional. La Cámara de 1877, elegida en plena lucha y para la lucha, había sido incapaz de formar una mayoría y de hacer vivir un ministerio. Pero el país ¿sabría substituir esta Asamblea, más revolucionaria que gubernamental, con otra que estuviese animada al mismo tiempo del espíritu de progreso y del espíritu de conservación republicana? El gabinete le proporcionó los medios de hacerlo con la neutralidad que el gobierno supo guardar, con el respeto de la libertad electoral de que no se apartó nunca. Bajo su dirección, Francia dió un gran paso en la vía democrática y debió agradecer este progreso al gobierno que lo hizo posible.

También debió agradecerle el establecimiento en Túnez de un régimen que no ofrece los inconvenientes de la anexión pura y simple y que no impone tan pesadas cargas. Se dirá que era posible establecer en la Regencia un codominio franco-italiano, análogo á la intervención anglo-francesa en Egipto, con lo cual Francia no se hubiera enajenado las simpatías italianas. Pero la falta, si falta hubo, no se cometió en 1881, sino en

1878, y los Sres. Ferry y Saint-Hilaire difícilmente podían retroceder á una época anterior á Freycinet y Waddington. Había que solucionar las cuestiones pendientes, y la agitación en el mundo musulmán, de la cual los trastornos de Khrumiria no fueron más que un incidente, había empezado antes del Congreso de Berlín, á raíz de la guerra ruso-turca. En vez de dejarse hipnotizar por la frontera abierta de los Vosgos, Julio Ferry comprendió que había para los franceses otros campos de actividad, y concibió para Francia todo un plan de extensión colonial, concepción que revela un verdadero hombre de Estado.

Desgraciadamente Julio Ferry no supo inculcar sus convicciones ni á la mayoría de los franceses, ni á la mayoría de la Cámara. Seguro de que si sus proyectos eran conocidos no serían aprobados, dada la pusilanimidad de que se hallaban poseídos los franceses después de sus desastres, Ferry no los manifestó más que á medias. Hizo la guerra sin declararla, creó gastos sin decirlo, anexionó territorios á Francia disimulando la anexión bajo el nombre de protectorado. Trató á los representantes del país como á niños á quienes no se revela más que partículas de verdad, y á los franceses como á una masa ignorante, incapaz de comprender ciertas necesidades y de asociarse á una política firme y audaz. Desconfió de los elegidos, como desconfió de los electores, y hasta desconfió un poco de sí mismo, sintiéndose mal sostenido arriba y minado abajo. Necesitó una verdadera fuerza de alma, una perseverancia y una tenacidad notables para seguir adelante en un terreno tan nuevo para él. Así es que el hombre parlamentario por excelencia no pudo obrar con un poco de orden y libertad sino en ausencia del Parlamento, en aquel verdadero interregno que va desde la separación de la Cámara de 1877 hasta la reunión de la Cámara de 1881.

Hemos señalado las faltas cometidas por Julio Ferry durante su primer ministerio. Justo es añadir en descargo suyo que la principal responsabilidad de aquellas faltas no recae sobre él. Las condiciones más elementales de buen funcionamiento del régimen parlamentario imponían al presidente de la República, para la presidencia del Consejo, una elección que aquél no quiso hacer. A falta del hombre en quien se encarnaba la democracia, á la vez triunfante y convertida á la causa de la prudencia, á falta de León Gambetta, Julio Ferry estaba más indicado que nadie por su valor, por la clara idea que se tenía formada de las necesidades gubernamentales, por su concepción osada y prudente á la vez de la política exterior. Aparte del sistema de votación para las elecciones de diputados, no disenta de Gambetta en ninguna cuestión fundamental.

Cuando Francia tuvo que elegir entre la política de la izquierda republicana y la de la Unión republicana, entre Ferry y Gambetta, dió por medio de las elecciones generales igual número de soldados á los jefes de estos dos grandes grupos parlamentarios. Siendo la misma su política, idéntico su ideal de gobierno, igual su patriotismo, al jefe del Estado correspondía fusionar la izquierda republicana y la Unión republicana en un gran partido de gobierno, que existía virtualmente en la Cámara de 1877, como en la de 1881, partido que sólo Gambetta había podido regimentar en la primera

de dichas Cámaras y que sólo Ferry había de poder regimentar en la segunda, después de la desaparición de Gambetta.

VIII

La impopularidad del gabinete del 23 de septiembre, tan tenaz como injustificada y absurda, había ido en aumento durante las vacaciones parlamentarias. Cuando la nueva Cámara se reunió el 28 de octubre, el ministerio que había presidido á las elecciones arrastraba una existencia puramente nominal y, en el Parlamento y fuera del Parlamento, todo el mundo esperaba que el jefe reconocido del partido republicano asumiera el poder como presidente del Consejo, y se esperaba también que tomaría por compañeros de gabinete á Julio Ferry, León Say y Freycinet. Hablábase de esta combinación como cosa hecha, y la decepción fué general cuando, á la apertura de las Cámaras, se echó de ver que las cosas distaban mucho de estar tan avanzadas.

Tuvo que procederse desde luego á la constitución de la mesa. Para sondear las disposiciones de la Cámara, Gambetta manifestó el deseo de ser elegido presidente interino, satisfacción que le fué concedida por 317 votos á pesar de la oposición de la extrema izquierda. El escrutinio para la elección de la mesa definitiva dió los resultados siguientes: Enrique Brisson, á quien recomendaban una rectitud inflexible y una carrera política sin flaquezas, fué elevado á la presidencia por 347 votos, y los Sres. Philippoteaux, Devés, Lepère y Spuller fueron elegidos vicepresidentes. Sólo hubo lucha por una de las vicepresidencias y Spuller venció á Floquet. Los republicanos moderados y la política de Gambetta parecían, pues, tener en la nueva asamblea una sólida mayoría. Las cuatro sesiones que fueron consagradas á la discusión de las interpelaciones sobre los asuntos de Túnez, no eran propias para modificar esta impresión ni en el espíritu de Gambetta y sus partidarios, ni en el de sus adversarios.

Dicha discusión se entabló el 5 de noviembre en las condiciones más extrañas. ¿A quién se dirigían los interpellantes? ¿Al gabinete Ferry? ¡Pero si el presidente del Consejo había tenido buen cuidado de declarar antes de toda discusión que el ministerio se retiraría cualquiera que fuese el resultado! ¿Quién fué el primero en tomar la palabra para interpelar á Ferry? El mismo Ferry. Con su valor habitual y también esta vez con verdadera habilidad, el presidente del Consejo se adelantó á los reproches que podían dirigirse á su política, y su discurso desorientó un poco á sus adversarios. Estos se posesionaron nuevamente de sí mismos en las sesiones siguientes, y los Sres. Naquet y Clemenceau dirigieron al gabinete dimitente justas críticas en términos relativamente moderados. La impresión producida en la Cámara fué tal que Julio Ferry tuvo que subir nuevamente á la tribuna y pronunciar el último día de la discusión un discurso casi tan extenso como el del 5 de noviembre. Gambetta se había propuesto tomar la palabra para pronunciar un discurso de ministro, exponiendo á grandes rasgos una política gubernamental, pero los debates no le proporcionaron la ocasión de hacerlo. Y fué una lástima, porque su intervención en aquel momento hubiera podido rasgar algunos velos y

revelar al mismo Gambetta las verdaderas disposiciones de la mayoría. Sólo una palabra se había dicho durante aquellas cuatro largas sesiones, verdaderamente política y profética. Naquet había declarado, en medio de la incredulidad general, que ninguno de los miembros del gabinete del 23 de septiembre de 1880 debía formar parte de la nueva combinación.

Llegó la hora de la votación. La información pedida por la extrema izquierda y apoyada por la derecha fué desechada por 328 votos contra 161. La orden del día pura y simple, con la cual se contentaba Ferry y que era la única solución lógica de aquel debate, fué luego desechada por 312 votos contra 176. Gambetta y sus amigos figuraban en la minoría. La mayoría comprendía, además de los miembros de la extrema izquierda y de la derecha, muchos republicanos moderados, ligados por sus compromisos electorales ó insuficientemente convencidos de la necesidad de una política colonial algo firme y constante. Desechada la orden del día pura y simple, fueron sucesivamente desestimadas 23 órdenes del día motivadas. Algunos diputados, cansados de aquella enojosa serie de votaciones, propusieron que se diese por terminada la discusión, y la Cámara se pronunció contra esta proposición por 285 votos contra 203. El Sr. Andrieux propuso que la cuestión pasara á las secciones y á ello se opusieron 361 diputados contra 96. Ya no quedaba nada que poner á votación: incoherente y ridícula, la asamblea no tenía más remedio que separarse, puesto que ni el ministerio ni su presidente le proporcionaban el medio de salir del atolladero.

Entonces apareció Gambetta como un salvador, como un Dios, y á su aparición en la tribuna se produjo un gran silencio en todos los escaños. En breves palabras tristes y altivas, dijo que la orden del día pura y simple, votada por él y por sus amigos, era la conclusión natural del debate; añadió que Francia no podía dejar protestar su firma puesta al pie del tratado del Bardo, y presentó la siguiente orden del día que reproducía textualmente las últimas palabras del discurso de Ferry: «La Cámara, resuelta á la ejecución íntegra del tratado suscrito por la nación francesa, el 12 de mayo de 1881, pasa á la orden del día.» Esta fué adoptada por 355 votos contra 68.

En tan confusa sesión, la Cámara, al menos, había proporcionado al jefe del Estado una indicación cuya claridad no dejaba nada que desear: Grevy la comprendió, y Gambetta, llamado al Elíseo, fué encargado de constituir un gabinete. Gambetta no dejó ignorar al presidente de la República su intención de agitar de nuevo y defender la cuestión del escrutinio de lista ante el Congreso, si había revisión. Grevy no hizo objeción alguna y Gambetta puso manos á la obra.

Desde luego, con toda sinceridad trató de constituir el gran ministerio que la opinión esperaba de él, el ministerio de los tres ó de los cuatro presidentes. Tanto en el mundo parlamentario como en el público, eran muchísimos los que acariciaban la quimera de la reunión en un mismo gabinete, de todas las ilustraciones del partido democrático, de todas las fuerzas de la República, sin reflexionar si estas ilustraciones se eclipsarían unas tí otras y si estas fuerzas se neutralizarían mutuamente. Gambetta empezó por solicitar el concurso

de Freycinet, que lo prometió para retirar su promesa al día siguiente, quizá después de una visita al Elíseo. León Say, más franco, negó su cooperación desde el primer día, so pretexto de disidencias financieras y económicas. En cuanto á Ferry, Gambetta, que le consideraba quebrantado por el voto de 9 de noviembre, no había de dirigirse á él sino en el caso de que Freycinet y León Say aceptasen; por consiguiente, no le hizo indicación alguna y el gran ministerio no tuvo siquiera un principio de existencia. La culpa no fué de Gambetta, y Freycinet y León Say estuvieron bien inspirados al evadirse, pues un gobierno de tres ó cuatro cabezas hubiera sido poco homogéneo y quizá impotente.

No habiendo podido formar el ministerio de los demás, Gambetta formó el suyo, y el 14 de noviembre quedó constituido el primer gobierno verdaderamente solidario y homogéneo de la Tercera República. Este comprendía 12 ministros y 9 subsecretarios. Se habían creado dos ministerios: el de Agricultura para el señor Devés y el de Bellas Artes para Antonino Proust. Sus colegas eran Campenón en Guerra, Gougeard en Marina, Paul Bert en Instrucción Pública y Cultos, Cazot en Gracia y Justicia, Allain-Targé en Hacienda, Waldeck-Rousseau en el Interior, Rouvier en Comercio y Colonias, Raynal en Obras públicas y Cocheroy en Correos y Telégrafos. Gambetta se había reservado la de Relaciones extranjerías. Entre los subsecretarios figuraba Spuller al lado de su gran amigo Gambetta, y Félix Faure, futuro presidente de la República, en el ministerio de Comercio.

Se dijo muy desdeñosamente que Gambetta no escogió más que hombres de segunda fila para compañeros de gabinete, siendo así que varios de aquellos hombres de segunda fila valían muchísimo en su especialidad. El capitán de navío Gougeard, uno de los héroes de la batalla del Mans, había adquirido en el Consejo de Estado una competencia indiscutible y valía como administrador tanto como soldado. Paul Bert era un sabio cuya calidad de ponente de la mayor parte de las leyes escolares designaba para el ministerio de Instrucción pública, aunque sus opiniones antireligiosas no le designaban tanto para el ministerio de Cultos, agregado al de Instrucción. Waldeck-Rousseau, que había intervenido con lucimiento en la discusión del ensayo de reforma judicial, era un abogado de gran porvenir. Rouvier tenía la aptitud necesaria para dirigir el comercio.

La generalidad de los franceses, que esperaban otra cosa, quedaron sorprendidos al leer la lista de los nuevos ministros y hablaron de compadrazgo y de camarilla, porque Gambetta había llamado á su lado á algunos de sus mejores amigos. En Inglaterra, donde la educación política está más adelantada que en Francia y donde se conocen mejor las condiciones de ejercicio del régimen parlamentario, se dispensó buena acogida al cuarto gabinete de Grevy. En Europa se esperaron sus actos, en algunos puntos con esperanza y en otros con temor.

Durante este ministerio, de tan corta duración, los hechos importantes fueron contados. Gambetta y sus colegas se inspiraron en el principio de que se gobierna con su partido y se administra con capacidades. Los ministros cuidaron de confiar las más altas funciones á los hombres más capaces, teniendo más bien en cuen-